



Doloras





DOLORAS

I

COSAS DE LA EDAD

I

—Sé que corriendo, Lucía,
tras criminales antojos,
has escrito el otro día
una carta que decía:
«Al espejo de mis ojos.»

Y aunque mis gustos añejos
marchiten tus ilusiones,
te han de hacer ver mis consejos
que contra tales espejos
se rompen los corazones.

¡Ay! ¡No rindiera, en verdad,
el corazón lastimado
á dura cautividad,
si yo volviera á tu edad,
y lo pasado, pasado!

Por tus locas vanidades,
que son, ¡oh niña!, no miras
más amargas las verdades
cuanto allá en las mocedades
son más dulces las mentiras!

y que es la tez seductora
con que el semblante se alíña
luz que la edad descolora!...
Mas ¿no me escuchas, traidora?
(¡Pero, señor, *si es tan niña!*...)

II

—Conozco, abuela, en lo helado
de vuestra estéril razón,
que en el tiempo que ha pasado,
ó habéis perdido ó gastado
las llaves del corazón.

Si amor con fuerzas extrañas
á un tiempo mata y consuela,
justo es detestar sus sañas;
mas no amar, teniendo entrañas,
eso es imposible, abuela.

¿Nunca soléis maldecir
con desesperado empeño
al sol que empieza á lucir,
cuando os viene á interrumpir
la felicidad de un sueño?

¿Jamás en vuestros desvelos
cerráis los ojos con calma
para ver solas, sin celos,
imágenes de los cielos
allá en el fondo del alma?

Y ¿nunca veis, en mal hora,
miradas que la pasión
lance tan desgarradora,
que os hagan llevar, señora,
las manos al corazón?

Y ¿no adoráis las ficciones
que, pasando, al alma deja
cierta ilusión de ilusiones?
Mas ¿no escucháis mis razones?
(¡Pero, señor, *si es tan vieja!*...)

III

—No entiendo tu amor, Lucía.
—Ni yo vuestros desengaños.
—Y es porque la suerte impía
puso entre tu alma y la mía
el yerto mar de los años.

Mas la vejez destructora
pronto templará tu afán.

—Mas siempre entonces, señora,
buenos recuerdos serán
las buenas dichas de ahora.

—¡Triste es el placer gozado!
—Más triste es el no sentido;
pues yo decir he escuchado
que siempre el gusto pasado
suele deleitar perdido.

—Oye á quien bien te aconseja.
—Inútil es vuestra riña.

—Siento tu mal.—No me aqueja.
—(¡Pero, señor, *si es tan niña!*...)
—(¡Pero, señor, *si es tan vieja!*...)

II

GLORIAS DE LA VIDA

¡Al fuego cartas de adorados seres,
por quien la sangre derramé viviendo!
¡Arde á impulsos de esa luz, y ardiendo,
con vos se extinga *mi fatal pasión!*

¡Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
se lleva el aire en fútiles despojos!
¡No su partida lamentéis, mis ojos,
que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego, signos que sin fe trazaron
falsas mujeres que adoraba ciego!
VICTORIA, OCTAVIA, INÉS... ¡al fuego! ¡al fuego!
¡Maldita sea *mi fatal pasión!*

—«¡Nadie en el mundo como yo te adora!»
¡Arda á su vez la que tan bien mentía!
¡Ay! ¡quién, tal gloria al poseer, diría
que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego, enigmas de infernal sentido!
¡digno sepulcro el desengaño os presta!
¡Cuán bien mi madre me alejaba en ésta
del torpe error de *mi fatal pasión!*

«¡Huye—dice—el amor, porque su gloria
es pacto vil de la ilusión de un día,
y al fin verás, alma del alma mía,
que humo las glorias de la vida son!»

III

VENTAJAS DE LA INCONSTANCIA

Después de amarla, olvídala; que el Cielo
la inconstancia al amor le dió en consuelo.

(PATRICIO M. LE RAYÓN)

¡Ay! Anoche te escuché
(el que escucha oye su mal)
cuando á otro hombre, por tu fe,
le jurabas fe eternal.

¡Imprudente!
nadie quiere eternamente;
que pase un mes y otro mes,
y me lo dirás después.
Aunque nuestro amor fué extraño,
ya no lloro
ni mi engaño ni tu engaño,
pues no ignoro
*que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.*

Después, ¡ingrata!, ¿qué hiciste?
¿fué el ruido de un beso aquél?
Bien te oí cuando dijiste:
—«No hice otro tanto con él.»

¡Ay, Victoria
cuán frágil es tu memoria!
Ruega á Dios que siempre calle
aquella fuente del valle...
Si me engañas, ya antes, ducho,
te engañé;
porque, aunque me amabas mucho,
yo bien sé
*que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.*

Por último, ¡horrible paso!
dijiste, al partir, de mí:
—«Es un...» ¡Ah! Mas, por si acaso,
lo dije yo antes de ti.
Si, gacela:
aquí, el que no corre, vuela.

Lo que tú hoy de mí, yo ayer
dije de ti á otra mujer.
Que los seres en amores
adiestrados,
todos son engañadores
y engañados;
*que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.*

Adiós. Te juro leal,
por el que nació en Belén,
que nunca te querré inal,
si no te quise muy bien.
Conque adiós.
Navia y julio á veintidós.
Hoy por mí, y por ti mañana.
¡Tal es la doblez humana!
Si te ama algún importuno
ó, imprudente,
llegases tú á amar alguno,
ten presente
*que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.*

IV

LOS SOLLOZOS

Si á mis sollozos les pregunto dónde
la dura causa está de su aflicción,
de un ¡ay! que ya pasó, la voz responde:
—«De mi antiguo dolor *recuerdos* son.»—

Y alguna vez, cual otras infelice,
que sollozo postrado en la inacción,
de otro ¡ay! que aun no llegó, la voz me dice:
—«De mi dolor *presentimientos* son.»

¡Ruda inquietud de la existencia impía!
¿Dónde calma ha de hallar el corazón,
si hasta sollozos que la *inercia* cría
presentimientos ó *memorias* son?

V

QUIEN VIVE, OLVIDA

Que la dicha, si es colmada,
si nada turba el contento,
suele trocarse en tormento;
porque cansa al corazón
siempre una misma pasión,
siempre un mismo sentimiento.
(EL CONDE DE REVILLAGIGEDO)

ÉL

¡Cuánto amor, Adela mía,
aquí un día
me juraste y te juré!

ADELA

Por cierto que fué en noviembre,
y en diciembre
me olvidaste y te olvidé.

ÉL

Allí grabé con pasión
la expresión
de que *vivir es amar*.

ADELA

Bajo expresión tan traidora
graba ahora
que *vivir es olvidar*.

ÉL

Aun por ti mi amor se inflama,
porque el que ama
nunca olvida, si ama bien.

ADELA

No hagas de tu amor alarde,
que, aunque tarde,
á gran amor gran desdén.



QUIEN VIVE, OLVIDA

ÉL

¡Cuánto amor, Adela mía,
aquí un día
me juraste y te juré!

ADELA

Por cierto que fué en noviembre,
y en diciembre
me olvidaste y te olvidé.

ÉL

Entre estas ramas, ¡ay triste!
me dijiste:
—«No te olvidaré jamás.»

ADELA

No acerté, en mi error profundo,
que en el mundo
quien más vive, olvida más.

ÉL

¿Cuándo con locos extremos
volveremos
á amar con tan ciego ardor?

ADELA

Nunca, pues ya hemos sabido
que el olvido
sigue cual sombra, al amor.

ÉL

¡Tiempos felices aquellos
en que, bellos,
vivir era idolatrar!

ADELA

¡Quién entonces (¡pena fiera!)
nos dijera
que vivir es olvidar!

VI

LAS DOS ALMAS

—¿Adónde vas, alma mía,
hacia ese mundo perdido?

—A ser alma de un nacido
la Omnipotencia me envía.

Y tú, alma mía, ¿qué vuelo
sigues, ganando la altura?

—Dejo á uno en la sepultura
y voy caminando al cielo.

—Puesto que subes, hermana,
y te hallo al bajar al mundo,
dime si es... —Un caos profundo,
que llaman cárcel humana.

Prosigue, y no tan altiva,
hermana, bajas ahora;
porque vas, siendo señora
á ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,
sigue en loco devaneo
cada potencia un deseo
y un gusto cada sentido.

Pues de ansia de goces lleno,
busca el oído armonía,
el paladar ambrosía,
é impúdico el tacto, cieno.

Así sus gustos sin calma
van los sentidos gozando
mientras que á merced, flotando,
va de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales
y tan contrarios vaivenes,
si el alma delira bienes,
acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,
y el alma adorando al cielo,
siempre están, en su desvelo,
carne y espíritu en guerra.

—Pues si ya, el cielo ganando,
dejaste cárcel tan fiera,
¿por qué al aire, compañera,
vas esas lágrimas dando?

—Porque hay, hermana, en el suelo
seres que también se adoran,
y que, al dejarlos, se lloran
como al dejar los del cielo.

—Si el cielo que dejo escalas,
y al mundo voy que tú dejas,
llevemos, pues, tú mis quejas
y yo tu llanto, en las alas.

Y al mundo adonde me alejo,
cuando le muestre tu llanto,
muestra mis ayes en tanto,
al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde
de mi cautiverio el día,
con Dios queda, hermana mía.
—Hermana mía, El te guarde.

VII

NO HAY DICHA EN LA TIERRA

De niño, en el vano aliño
de la juventud soñando,
pasé la niñez llorando
con todo el pesar de un niño.

Si empieza el hombre penando
cuando ni un mal le desvela,

¡Ah!

*la dicha que el hombre anhela,
¿dónde está?*

Ya joven, falto de calma,
busco el placer de la vida,
y cada ilusión perdida
me arranca al partir el alma.

Si en la estación más florida
no hay mal que al alma no duela,

¡Ah!

*la dicha que el hombre anhela,
¿dónde está?*

La paz con ansia importuna
busco en la vejez inerte,
y buscaré en mal tan fuerte
junto al sepulcro la cuna.

Temo á la muerte, y la muerte
todos los males consuela.

¡Ah!

*la dicha que el hombre anhela,
¿dónde está?*

VIII

LA VIRTUD DEL EGOÍSMO

Si anoche no estuve, Flora,
á adorar tu talle hermoso,
es porque soy virtuoso
y me da sueño á deshora.

¡Pecadora!

Ya le contaré á tu madre
que, porque amo mi quietud
y salud,

dijiste hoy á mi compadre:
—«¿Qué egoísta es la virtud!

¿Cómo he de ir con fe no escasa
á ver tus ojos serenos,
si hay cien pasos por lo menos
desde mi casa á tu casa?

Y ¿qué pasa
al hallarnos frente á frente?...
¿Qué?... tú mientes sin guarismo;
yo lo mismo.
El no ir, por consiguiente,
¿es virtud ó es egoismo?

Verbi gratia, el otro día,
al verte de mi amor harta,
puse un bostezo de á cuarta
entre un «paloma» y un «mía».

Es falsía
la de bostezar amando;
mas si hoy, con más pulcritud
y quietud,
no he ido á amar bostezando,
¿fué egoismo ó fué virtud?

Desde hoy no vuelvo á tu edén
á tomar, Flora, el sereno;
si es por *egoismo*, bueno;
y si es por *virtud*, también.

Sí, mi bien:
esto haré por mi salud,
aunque diga tu cinismo
que es lo mismo
la gloria de la virtud
que el triunfo del egoismo.

IX

PROPÓSITOS VANOS

Nunca te tengas por seguro en
esta vida.
(KEMPIS, LIB. I, CAP. XX.)

—Padre, pequé, y perdonad
si en mi amorosa contienda
se lleva el viento, á mi edad,
propósitos de la enmienda.

EL CONFESOR

—¡Siempre es viento
á esa edad un juramento!
¿Qué pecado es, hija mía?

LA PENITENTE

—El *mismo* del otro día.
Y, aunque es el *mismo*, id templando
vuestro gesto,
pues dijo ayer predicando
fray Modesto,
que es inútil la más pura
contrición,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazón.

Ayer, padre, por ejemplo,
tocó á misa el sacristán,
y en vez de correr al templo
corrí á la huerta con Juan.

EL CONFESOR

—¡Triste don,
correr tras su perdición!...

LA PENITENTE

—Sí, señor; mas don tan vil,
de mil, lo tenemos mil.
No hay niña que á amor no acuda
más que á misa;
que el diantre á todas, sin duda,
nos avisa
que es inútil la más pura
contrición,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazón.

La verdad, tan poco ingrata
con Juan estuve en la huerta,
que, como él mirando mata,
huí de él... como una muerta.

EL CONFESOR

—¡Dulcemente
fascina así la serpiente!

LA PENITENTE

—¡No lo extrañéis, siendo el pecho
de masa tan frágil hecho!